

Los sentidos en las ciudades de Alonso Zamora Vicente y de Vicent Andrés Estellés

Juan M. RIBERA LLOPIS

Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Madrid y València –entre la preguerra y la postguerra españolas, a través de dos textos de Alonso Zamora Vicente y de Vicent Andrés Estellés, y ambas ciudades traídas hasta la experiencia personal– como espacios de convivencia contrarios a las miméticas y globalizadas urbes actuales.

Palabras clave: Literaturas castellana y catalana. Memoria personal. A. Zamora Vicente y *Primeras hojas*. Vicent Andrés Estellés y *Llibre de meravelles*. Ciudad y literatura. Espacio de convivencia. Espacio globalizado.

ABSTRACT

Madrid and Valencia – seen before and after Spanish civil War, through two texts by Alonso Zamora Vicente and Vicent Andrés Estellés, and both cities considered through the author's personal experience – as coexistence spaces and opposite to contemporary globalization cities.

Key words: Spanish and Catalan Literatures. Personal Memory. Alonso Zamora Vicente and *Primeras hojas*. Vicent Andrés Estellés and *Llibre de meravelles*. City and Literature. Spaces for coexistence. Spaces for globalization.

I. Valga como preámbulo tirar de la memoria que, no contando como sentido, sí es celadora de las sensaciones que aquellos que como tal se numeran, nos propician: el recién llegado a su nuevo destino urbano, sin saberlo, buscaba hacía días parte de lo que, por su desplazamiento, había dejado atrás. Quizás su no tan súbita carencia se azuzara por algún tropiezo que desembocara en telúrica añoranza. Pero no indagemos por ese lado que no nos llevaría más allá de una relación bañada de sentimentalismo provinciano. Sigamos, sí, los pasos de quien parecía haberse acomodado ilusionadamente a su nueva capital y que una tarde –a primera hora– de aquel impulsivo deambular buscando lo imposible, fue a parar,

en el parque que se tenía por central, ante la masa vegetal más allá de la cual volvía a desparramarse la urbe. En algún momento –lo más cercano a su banco era una celebrada rosaleda y pronto empezaban a crecer arbustos y árboles hasta formar una densa muralla– el rumor que era de vehículos y neutros quehaceres cívicos fue sonando a ronroneo con toques metálicos, propio de actividad portuaria. Entre sus ángulos acabó por colarse el poco oleaje que suele adentrarse más acá de las dársenas. Y de ese signo de corriente marina, terminó por elevarse un fino pero perceptible olor a salitre. Desde esa tarde, para el recién llegado tuvo sentido el misterio que, a modo de umbral, supusiera que, en ocasiones, gaviotas volaran sobre un conocido *boulevard* hacia el que sólo podía atraerlas un organismo del Ministerio de Marina sito en la vera oeste. La ciudad mesetaria resultó, de este modo, nada ajena, misteriosamente cercana a un paisaje del litoral y el aprendizaje de urbanita pudo tirar adelante con la añoranza de su mar a cuestras en aquellas coordenadas. Nada de lo suyo, ni su playa ni su bahía nativas quedaban tan lejos como parecía indicar el mapa. Ese y algún artilugio más que ahora no viene al caso le ayudaron en su plena adaptación. Ejercicio de suplantación geográfica que, sólo entonces fue consciente, había practicado con anterioridad en sentido y en horizonte contrarios.

Es el caso que en su tierra de origen, en la ciudad que allá ejercía de capital –cuando allí se dirigía desde su pueblo costero, irremisiblemente cercado por el mar y la exuberante huerta cuajada de ni se sabe cuantas fructíferas estaciones, cada una de ellas con innumerables cosechas y frutos–, allá, abocado sobre la baranda del río, donde antaño se levantara la muralla de un cuatrocientos bullicioso, allí donde nada hacía percibir el mar que se acercaba a tan sólo un par de kilómetros, el aún no viajado nativo soñaba un paisaje contrario a sus raíces. Oriundo de una geografía plétórica –creadora de “paisajes llenos, sin hueco alguno para el reposo de la mirada” escribía él por entonces– añoraba, sin conocerlos todavía, lo que llamaba “paisajes vacíos”. Así, asomado sobre las históricas piedras y fantaseando más allá del paseo y del parque de la orilla fluvial opuesta, percibía la inventada corografía de una llanura mesetaria. Los atardeceres al fin podían ser allí interminablemente horizontales y cabía ver cómo el viento continuado se llevaba ciclópeos nimbos, como cantos rodados de una geológica corriente que podía, hasta hacerlo desaparecer, incluso con el cercano y denso tapiz de azahar y galán de noche, palmeras e higueras, geranios y murcianas, laureles y cipreses, volanderas parras entre nísperos solares y jazmines trepadores, patios cuajados de azules hortensias, de helechos y de colocasias selváticas, cercas de cedros y de adelfas entre refrescantes acequias de sonora corriente..., tejido vegetal de tantos veranos de bicicleta, de hierba y de arena bajo los pies.

Ambos puntos geográficos tienen una identificable toponimia y su plano interno: el primero se llama Madrid, visto y oído –finalmente olfateado– desde la franja sur del Retiro y ante, del otro lado de la masa verde, la gran hondonada de Atocha; el paseo cercano, aquel de las gaviotas, es el de Recoletos donde las terrazas de sus cafés esperan que, de verdad, aparezca el mar, rompiendo desde el este y dejando a modo de islote algún noble edificio de la acera-orilla frontera. El otro lugar modificado es València, donde aún es posible asomarse desde la muralla-

baranda sobre los Jardins de Vivers y la Albereda. Será factible en uno y otro caso buscar esa línea entre la realidad externa y el anhelo más secreto. Pero nunca más se podrá alcanzar la sensación sensitiva de la existencia de ese último. Si entonces, en el tiempo que recordamos, aún fue posible, pensamos que así fue, para el valenciano convertido en madrileño de nuestro recuerdo, porque ni la hondonada de Atocha se había ocupado con la actual macro-estación y en su muro-rompeolas podían estallar cadenciosamente todos los ecos de la ciudad; ni en el viejo cauce del Túrria valentino la riada del diseño urbanístico y de la especulación constructora había arrastrado juncos y maleza no exentos de humanas basuras y es que allí, hoy, *ai las!*, ya no se atreve a fantasear ni dios, a no ser que la divinidad supletoria de nuestro ignominioso presente lleve corazón de político, de constructor y/o de globalizado conciudadano.

II. Ambas ciudades, no obstante y aunque condenadas por próceres y por muchos de sus habitantes a ser *parques temáticos-superficies comerciales-centro de compras* –eso sí, siempre y cada una de ellas *la primera-la más grande del país-del continente-del mundo...* ¡vaya pretenciosa horterada Excmos. y Megalómanos Sr. Gallardón y Sra. Barberá y demás ralea administrativa a ambos márgenes del eje ideológico que por lares matritenses y valencianos han transitado bajo amparo constitucional!–, las dos urbes, decíamos, llegaron a tiempo, con anterioridad a la actual hecatombe, a transmitir sensorialmente sus perfiles. Y eso fue así –mucho antes de la suplantación paisajística de nuestro valenciano trasplantado a Madrid– merced a las generaciones que vivieron aquellos espacios a través de los sentidos, en sus individuos más cualificados al transmitirnos en su memoria literaria las respectivas facturas y latidos de sus ciudades, las que a la postre han ido siendo las de aquel personaje de nuestro relato, las ciudades que han acabado por ser las mías. A favor de esa recuperación de unas raíces, a la fuerza literarias, traemos aquí páginas primordiales de Alonso Zamora Vicente (1916-2006), *Primeras hojas* (1955) y de Vicent Andrés Estellés (1924-1993), *Llibre de meravelles* (1971). Enlazamos mediante unas y otras las vivencias de los años veinte por parte de un mozalbete madrileño a las experiencias de un aprendiz de adulto en la vida valenciana de postguerra. Sin ánimo de vaciado exhaustivo de sendos títulos, en tiempos que no llegué a vivir, hallo un origen. Y es que todo paraíso perdido tiene su arqueología. Mi vida en ambas ciudades ha ido viniendo más del pasado latente en ese díptico de lo que pudiera proyectarse en un presente y un futuro a todas luces ajenos. Y entre lo uno y lo otro pudieron discurrir andaduras y quehaceres de aquel provinciano llegado a la villa y corte desde el Levante dicho feliz, de un *juanmi* quedado en *juan* que un día fantaseó sobre sus ciudades porque seguramente ya empezaban a disolverse, quien se reconoce en las escrituras de los dos autores elegidos.

III. Entendida la ciudad como ocupación humana del espacio mediante la construcción de volúmenes que fuerzan un horizonte, el sentido primordial cuya acción le resulta propicia es la vista. La vista, que desprende una mirada, certifica aquella huella humana al tiempo que sitúa al individuo en su entorno y lo naturaliza en él:

“Desde la barandilla del Viaducto aprendí nombres de iglesias altas, de calles retorcidas, de rinconcillos que después he querido mucho. Las Bernardas, encaramadas sobre el Palacio de los Consejos, alta de hombros la torre, siempre haciendo fuerza hacia atrás para no caerse por el barranco de la calle de Segovia; las agujas de San Miguel, del Ayuntamiento, de Santa Cruz, adornos infantiles en lo alto, como castillos de dominó; la catedral, dos torres bajas y romas delante de la cúpula, vago recuerdo de león sentado y garras extendidas. San Pedro, cara de búho en ladrillo, y San Andrés, espigadita y alta, oronda de haber subido su costanilla empinada. También campo abierto, Casa de Campo adelante, y La Florida, humo de trenes, y nombres de montañas, lejos: Montón de Trigo, La Maliciosa, Peñalara, Siete Picos, Abantos. ‘Allí está El Escorial’, decía mi padre, señalando. Y yo nunca veía El Escorial, sino casas, lomas, alguna nube, y horizontes...” (pp. 36-39).

Así se posiciona el pequeño Alonso, quien “... pasaba el tiempo mirando, mirando” (p. 55), y por los entresijos de aquel mapa descubría ocularmente el músico y su can lazarillo, el retorno de toreros y seguidores a su paso por Cibeles, las paradas de la guardia real, el Paseo de Rosales o el de la explanada de Palacio bajo el sol de tarde invernal y cruzándose con las contramirada de otros asiduos, las aleyas multicolores lanzadas al paso de la procesión y diluyendo “... una blanda lluvia roja, naranja, azul, verde, lento descenso apenas rumorosa...” (p. 75), el jaleo de la *kermes* en plazuelas vecinas a su domicilio y que él, cosas de la edad, “... veía desde los balcones, solo y cabeceando...” (p. 128)... Multiplicidad de fragmentados fotogramas que pueblan aquellos límites afuera de los cuales “... comenzaba el cielo” (p. 186), caleidoscopio de imágenes que vivifican los escenarios de la memoria y que el paso del tiempo vació o varió y que la añoranza rebuscará desde el litúrgico texto final del volumen.

Ese escenario urbano cerrado y del todo rebosante de humanidad, parece guardar pocas ocasiones para los deleites del sabor —la naranja es más un destello solar que un jugo refrescante al serle ofrecida por la monja al pequeño que acaba de quedar huérfano y aún no lo sabe—, y, más que abanico degustativo de aquellos placeres y de sus fuentes, su mención es exhibición exótica de nombres en los carteles prodigiosos que anuncian clavo, canela, vainilla..., sólo en alguna ocasión certificados por la realidad de los dulces que esperan al niño o de la tajada de coco adquirida en el puesto del paseo. También el tacto parece recogerse, púdicamente en su caso, al interior doméstico o rigurosamente en las normas de las primeras aulas: las manos que se adivinan abriendo el album familiar, como prólogo de la riada memorial que será el libro de Alonso Zamora Vicente; la mano familiar de tía Plácida, “... con una caricia cuidadosa” (p. 104), acogiendo al sobrino que acude ritualmente a su domicilio; la mano apretando en el bolsillo la dádiva-tesoro recibida en aquella visita; también la mano que descarga un capón en el cogote del colegial novato, ejecución a cuya vera para nada desmerecen los pescozones propinados por la niñera ante cualquier irreverencia del avisado infante en sus compartidas idas y venidas callejeras. Quizás las formas de la época no permitieran más roces, reglas las suyas que no podían evitar el hábito infantil de arrastrar las manos por las paredes al paso de la criatura y que acabarían otro tanto en regañina por la suciedad acumulada.

Sólo así, tímida o atávicamente se saborea y se toca la ciudad que uno ha de ir haciendo biográficamente suya. Pero Alonso, creciendo y mirando, también pretende apropiársela mediante el olor: lo intenta comparando con la primavera marzal su descubrimiento de la muerte entre el olor hospitalario, o sabiendo de "... un olor bueno a montaña" (p. 60) merced a la leña traída para la panadería de debajo de su casa. Pero los olores no pueden ser el umbral seguro para aquella connivencia porque, más allá de aquellas pistas, la gama fascinante de sus posibilidades queda extramuros: en los límites, en la Casa de Campo, donde "... no hay más que árboles" (p. 91) y es "... la tarde olorosa de tomillo y de retama" (p. 94); y aún más allá, en el huerto paternal, dejando atrás las fronteras urbanas, tras una tapia que lo convierte en espacio autóctono, diverso del cotidiano, y cuya naturaleza fascinante anuncian las glicinias encaramadas sobre el muro contenedor de madreselva, hortensias, dalias, rosales, celindas, jazmín, lirios... *Sancta sanctorum* de "... un perfume agolpado, encendido, de día bueno..." (p. 87) cuando hacia ese edén exterior se encamina la familia; lugar celador, además, del padre jardinero en el huerto de Campamento, que allí quedaba entonces el inicio de otro mundo. El de ese universo hecho de olores de la naturaleza que, aún más allá, sólo cabrá en el campo abierto, el que se visita vacacionalmente en el hogar solariego, en las orillas del Júcar, más allá de La Roda.

Por contrapartida, dentro de la ciudad, de aquella floresta solo cabe "Un ramo de flores siempre frescas" (p. 108) en un cuidado interior —el de la mencionada tía y allí obligado a congeniar con "... un olor extraño, confitería, iglesia, naftalina, donde se estaba bien..." (p. 109), no obstante, cabría decir—. Y es que para el espécimen urbanita, la posibilidad de los olores originados en la tierra tiene unos márgenes muy estrechos, tanto como el que propicia el riego del jardincillo de la calle Bailén, desprendiendo "... olor a tierra humedecida, a césped tibio, un impreciso anhelo de revolcarse en él, dejarse mojar..." (p. 115). Por contrapartida, son otros los olores de propia creación que emana el espacio urbano por el que transita el despabilado mozo; entre su oferta están "(el) humo de churros, (el) olor de aguardiente" (p. 127) y el "Humo de fritangas en las tabernas, gallinejas, calamares, boquerones, olor agrio de anchoas, vino, licores, embutidos, un vaho que inunda la fila..." (p. 167), la fila de los jovenzuelos camino de la iglesia, otro espacio cerrado contenedor de flores rituales, desnaturalizadas, que han de vérselas con el incienso y hasta con el órgano en lo que ha acabado por ser toda una atmósfera de época, flores aquellas tan funcionalizadas como en otros casos ocurre en la ceremonia laica de las cabalgatas que cruzan, festivas y bullangueras, la ciudad.

Quizás porque pesan sobre el sentido odorífero de lo natural esas trabas y limitaciones de lo que no le es propio, o porque lo que se huele como suyo, de la ciudad, es ejecución de sus habitantes, a la postre el sentido del que el muchacho Alonso captará prioritariamente su latido, será el que recoge su discurrir cotidiano. El oído se afina ante la rica banda sonora compuesta por las campanillas del carrito de la Plaza de Oriente, por las bandas militares y los músicos callejeros, por los pasos de los paseantes y por los pregones, por los tranvías y cada vez por más coches y aún por tartanas o berlinas de toda índole, por las campanas del reloj del Banco de España o del de Correos en competitiva sonoridad, así mismo por las más ritua-

les de San Andrés y de San Francisco, por la vocería del gentío llenando las calles o invadiendo el acceso a la sala de proyecciones para pillar el mejor asiento o de los chiquillos siguiendo los avatares del teatro de polichinelas, por el "... ruido de billares siempre saliéndose por las ventanas" (p. 168) de los cafés, por los gritos y fanfarrias que acompañarán las cabalgatas... En suma, "... los ruidos de la calle" (p. 40), entre los que Alonso va y viene, y que afirma haber aprendido a descifrar desde la cama, como expectativa del espectáculo que cada día le espera, ese "... bulle-bulle intermitente de la calle..." (p. 171) que no es otra cosa que apéndice epidérmico del sonido que acabará por fascinar al escritor Alonso Zamora Vicente: en estas iniciáticas *Primeras hojas* ya hay muchas voces que irrumpen entre aquellos sonidos, muchas palabras dichas que surgen espontáneas entre las escenas recordadas, muchas apelaciones que fracturan la sintaxis rememorativa. La mejor narrativa del autor consagrará esa retórica de la voz, de las voces estandartes de los habitantes anónimos de una urbe que es radical y en sobremanera sonora. Ciudad de cuerpos que hablan, o hablaron, y que hoy persigue su neutralización globalizadora, aquel fue el Madrid de Alonso Zamora Vicente en el que aún pude reconocerme, variando, claro está, la carrocería de su parque móvil y el timbre de su vocerío; ese fue el Madrid que me acogió recién pasado por una València que, en los dos años previos al desembarco madrileño se me había abierto como una ciudad de cuerpos con sabores, de cuerpos amasados por el tacto, como un entorno de salada textura erótica. Venía yo de aprender en esa otra capital otros lenguajes corporales distintos del oral.

Vicent Andrés Estellés levantó allí, en el poema *No escric èglogues* (pp. 23-24) y entre olor a aceite frito, entre la carga y descarga de frutas, bajo la ropa oreada al sol, también entre el eco de los gritos escolares y los murmullos del represaliado, levantó sobre sí mismas las piernas más eróticas de la poesía catalana contemporánea. Fetiche erótico que engulló el tiempo, sus carnosas columnas son emblema duradero de los cuerpos una y otra vez cantados por el poeta que se yerguen entre el incendio josefino de primavera, en los terrados, o llevando "un gesmil" (p. 52) que irá pasando en recorrido incitante de la mano distraída hasta la boca; amantes, esos cuerpos, de "... mans enceses" (p. 27) que "... rodolem per terra entre abraços i besos", consumando "... un amor brusc i salvatge", "... a rebolcons entre besos i arraps" (p. 30), entre "... besos frenètics a la porta de casa" (p. 27); cuerpos que dejan sus nombres "sobre els algeps suats de la paret...", "... arrapats amb les ungles, / arrapats en la bruta paret de l'escaleta, / amb una voluntat de viure, de perviure..." (p. 35). Cuerpos que, al menos, tuvieron la ocasión de ser así, estampados en "... els versos solemnes –¿solemnes?– del record" (p. 27), y aunque fuera en una "Trista, trista València, quina amarga postguerra" (p. 40), la de plazas "... d'arbres trists", la de pasajes maloliendo "... a l'àcid úric", la de un tráfico desvencijado y de las visitas a la prisión (p. 54); cuerpos allí vivos aunque tuvieran que ocultarse en tantas ocasiones en las salas de cine que recogen los versos a modo de itinerario sentimental. Es por esa comunión entre la vitalidad de sus cuerpos y la naturaleza ultrajada de su ciudad que Vicent Andrés Estellés no sólo añora de ella "Uns benvolguts carrers..." (p. 27) y se sugiere a sí mismo como "M'agradaria escriure la guia de València" (p. 31); espoleado por esa dependencia, hace rimar el calleje-

ro valenciano en el poema *Cos mortal* (p. 55) sin conectores ni presencia alguna, a sabiendas de que allí donde cabía una feria o aún se encarcelaban presos, aquellos cuerpos voraces tenían su carta de navegación hacia la supervivencia desde la afirmación sensorial. València será poco más y nada menos que eso, “València és molt poc més. Tan íntima i calenta, / tan crescuda i dolguda, i estimada també!” (p. 58). Es ella misma la naturaleza corpórea que aflora en aquellas calles, cobijo de cotidianos quehaceres y de eróticos arrebatos, ajena a cualquier “èmfasi” (p. 59) si ha de ser cantada. Cuerpo en si que concita el tacto, ser tocada en la secular piedra de sus murallas hechas balconada y en “... les asproses baranes” (p. 60) de sus puentes; cuerpo que se respira en la agonía y en el sepelio recuperados de Ausias March tanto como cuando “... el cel s’omplia de jardins” (p. 75) mediante la celebración primaveral de pólvora y de floración ígnea; y que se gusta en el paladar con “... el pa amb olí i sal” (p. 26) y el “... vi damunt la taula” (p. 94), y que hasta se mastica, “... Mastegava València. Fou per maig.” (p. 88), todo a modo de liturgias que hacían mejor la vida. Así, aunque “La postguerra era sorda, era amarga i feroç” (p. 78), oído, gusto y uñas podían remontar el coetáneo paisaje gris, salido de una guerra y engarzado en el inmediato conflicto europeo, impulsando la vida:

“Oh sí, també hi havia, com la ceba que grilla,
un amor impensat per a tota la vida:
s’magava en els cines, en les darreres files;
presumien, els jòvens, agafant-se del braç:
prudentment es soltaven en arribar a casa.
¿Els besos, els abraços? Oh sí, també n’hi havia,
com hi havia també un sentiment confús
de culpabilitat. I la barbaritat
de sobte es perpetava, torpe, en un replanell.
Oh sí, tot era trist. Era alegre la vida.
Ara tot és distint. Fan futbol per la tele.” (p. 86)

Ciudad en la nostalgia –“una sal exaltada” (p. 101)–, entre la humillación y la afirmación del cuerpo; más allá de ella, “... el blau extens del mar” (p. 101), ciudad aún y a pesar de todo con un horizonte:

“Des de la terrassa, contemples
les avingudes, la ciutat,
el curs lent, prestigiós, del riu.
A l’altra banda veus la mar.” (p. 105)

Horizonte, el del mar en Vicent Andrés Estellés, para mí equiparable al de Alonso Zamora Vicente, “... la lejanía abierta y rosa de la calle terminándose, flecha hacia el crepúsculo. En su fin comenzaba el cielo...” (p. 186). Madrid y València fueron en un tiempo cuerpos vivos que tenían un futuro desde su inalienable afirmación vital, suya y de sus habitantes. Poco, quizás ya nada les queda hoy a ambas urbes de aquel pulso, desdichadas criaturas rociadas de *sprays* antisensoriales e inmovilizadores que aquí, curiosamente, han sido utilizados por los agresores y no por las

agredidas para consumir su violación. En los presentes *parques temáticos* en que se han transformado Madrid y València, unos cuantos sobrevivientes andamos de aquí para allá, a nuestras cosas, felices a nuestra manera, no crean, pero sensorialmente castrados. Que ustedes, los más jóvenes, también los mayores con complejo de *peter pan*, se los disfruten. No seré yo quien les prive de ese derecho. Sólo deseo aclarar que no escribo desde ningún equívoco *cualquier tiempo pasado fue mejor*.

BIBLIOGRAFÍA

ANDRÉS ESTELLÉS, Vicent, *Llibre de meravelles*, València, Eliseu Climent, editor, 1993.

ZAMORA VICENTE, Alonso, *Primeras hojas*, prólogo de J. M. Caballero Bonald, ilustraciones de J. Grau Santos, Madrid, Espasa-Calpe, 1985.